



Margaret Ann Plahte, *Indómita. Cartas a Noruega sobre la Revolución mexicana*, Camilla Plahte (comp. y selec.), trad. de Vitzta Manrique Langseth, México, Conaculta (Memorias mexicanas), 2011, 216 pp.*

Para apreciar plenamente el libro *Indómita. Cartas a Noruega sobre la Revolución mexicana* será útil tener como telón de fondo una mínima idea sobre la realidad social y económica de Noruega en aquel entonces. No soy historiador y no pretendo dar una clase de historia noruega, pero considero necesario, por un momento, olvidar la Noruega próspera, desarrollada e igualitaria de nuestros días, para imaginarla hace un siglo: un país muy diferente del actual, situado en la periferia de Europa, que hasta 1905 recuperó su libertad e independencia después de más de cuatro siglos de unión, como socio inferior, con Dinamarca, y 91 años de adhesión, en términos más igualitarios, con Suecia.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Noruega vivió un renacimiento cultural que coincidió con el arranque de la industrialización del país, gracias al desarrollo de su excepcional potencial hidroeléctrico. A principios del siglo XX, era un país pobre, aunque los noruegos ya se sentían orgullosos de su na-

* Palabras pronunciadas el 14 de abril por el embajador de Noruega en México, Arne Aasheim, en la presentación del libro de Margaret Ann Plahte, como parte de las actividades de la Primera Feria del Libro de Relaciones Internacionales, organizada por el Instituto Matías Romero de la Secretaría de Relaciones Exteriores, los días 13, 14 y 15 de abril de 2012.

cionalidad, un sentimiento aupado por destacados personajes en la escena cultural mundial, como el dramaturgo Henrik Ibsen y el compositor Edvard Grieg; lo mismo que por su marina mercante que navegaba por los siete mares y ondeaba la bandera noruega en los puertos más importantes del mundo, y por las hazañas de sus intrépidos exploradores polares que se aventuraban hasta los lugares más fríos e inhóspitos de la tierra. La ruptura unilateral de la unión con Suecia se hizo a regañadientes por parte de esta última, pero se evitó una guerra y, hoy en día, como se sabe, las relaciones tanto con Suecia como con Dinamarca son fraternales y ejemplares; podría decirse que los países nórdicos son una familia. Se invitó a un príncipe danés, abuelo de nuestro actual rey Harald, a ser rey de Noruega. Mediante un referéndum se aprobó el sistema de monarquía y, por consiguiente, el nuevo reino tuvo que dotarse de los servicios y estructuras gubernamentales correspondientes a un país soberano.

Si bien hace un siglo Noruega era una nación pobre, no estaba aislada; tenía muchas ventanas al mundo exterior. Casi todos los noruegos contaban con familia en Estados Unidos, porque en aquella época un gran número de ellos emigró en busca de un mejor futuro, lo que explica que en la actualidad haya tantos habitantes en Noruega, como estadounidenses de origen noruego. Hay que añadir que los marineros noruegos de origen humilde —como mi propio abuelo— dieron múltiples vueltas al mundo, lo que a muchos de ellos les permitió expandir su horizonte geográfico e intelectual y su marco de referencias. La elite empresarial y la cultural viajaban al extranjero para hacer negocios o para buscar inspiración en los centros artísticos de Alemania, Francia e Italia. Tal fue el caso de Margaret Ann Plahte Lie, llamada Maggie, una anglo-noruega proveniente de la alta burguesía, casada desde muy joven con un talentoso pintor noruego, con quien vivió varios años en Italia y

Francia. Más adelante, ella acompañaría a su segundo marido a sus destinos diplomáticos en Alemania, México y España.

Las cartas, origen de este libro, fueron escritas por Maggie Plahte a sus familiares a lo largo de su estancia en la misión de Noruega en México, que coincidió con la Revolución mexicana.

Como el lector podrá imaginar, su camino hasta México no fue fácil. Nació en Inglaterra y a los 15 años fue trasladada a su nueva patria, Noruega, en plena tempestad de invierno en el Mar del Norte, sin su madre y con un padre severo y religioso. Tuvo la oportunidad de viajar. En París, en la casa del pintor francés Paul Gauguin, a los 18 años se enamoró de Christian Skredsvig, un artista que se convertiría en uno de los pintores más famosos de la “edad de oro” del arte noruego a finales del siglo XIX. El matrimonio fue complicado y trágico, como sacado de una telenovela; había una gran diferencia social: ella era rica, de la alta burguesía; él, hijo de molinero. Hubo dolor y adulterio, y la relación se volvió muy amarga.

Con todo, ella adquirió experiencia. Vivieron en Roma y en París, por entonces paradas obligatorias de la elite cultural de Europa. En Italia, Maggie conoció al dramaturgo Henrik Ibsen y en Francia, el matrimonio vivió en la casa del famoso pintor expresionista Edvard Munch.

Maggie es descrita por sus contemporáneos como una mujer temperamental, mimada, exigente y con frecuentes arranques de ira. Se dejaba llevar fácilmente por sus caprichos y sentimientos, en especial, en relación con los hombres. Mientras estaba casada con Skredsvig, coqueteaba con unos primos lejanos, Erik y Michael Lie —este último se convertiría en su segundo marido— y también con el pintor Edvard Munch. Por causa de sus infidelidades la pareja se divorció, un hecho insólito para la época.

Con Michael Lie continúa su andar por Europa, y poco a poco empieza a escribir y describir. Adquiere confianza en sí

misma y desarrolla una buena capacidad de observación social. Este talento le sirve en México, donde describe los alborotos, las traiciones, las violencias y las celebraciones de la Revolución mexicana.

Noruega y México pronto acordaron establecer relaciones diplomáticas, aunque tardaron algún tiempo en intercambiar embajadores o ministros, como se titulaban en aquella época. Lie, ingeniero militar y diplomático, fue nombrado embajador en México, y Maggie y él llegaron justo a tiempo para presentar los festejos del centenario de la Independencia.

En tiempos de turbulencia social y política en México, Michael y Maggie tuvieron la tarea de establecer la embajada de Noruega. Como el lector podrá darse cuenta, no era cosa fácil en aquella época —como tampoco lo es hoy en día—, lo que queda claramente expresado cuando, en una carta fechada el 7 de junio de 1911, escribe: “Yo sigo batallando con nuestra casa que aún no se encuentra en orden. No hay cortinas, todo bastante desarreglado. Nadie sabe con qué los pobres diplomáticos tienen que luchar para representar a su país de una manera más o menos digna en estos países y cuáles gastos y aflicciones mentales se tienen” (pp. 66-67).

Gracias a esta compilación de las cartas que Margaret Ann Plahte escribió durante su estancia, el lector se asoma a la vida del México de la Revolución mexicana, de hace 100 años, en la que un diplomático monta a caballo en el Bosque de Chapultepec, y se desplaza en tren, junto con su esposa, en esos tiempos de inseguridad, como a continuación los describe la propia Maggie, cuando en 1914 la pareja viaja a La Habana, pues Lie era embajador concurrente en Cuba:

Tuvimos un viaje interesante para acá. El presidente Huerta no sabe cómo arreglar todo en la mejor forma para nosotros. Cuando estuvimos con él para despedirnos, nos comunicó que

un vagón de ferrocarril propio sería puesto a nuestra disposición desde la ciudad de México hasta Laredo, no menos de 48 horas de viaje. No hay duda de que es un rodeo muy grande para ir a Cuba, pero el ferrocarril a Veracruz era tan inseguro que el Ministerio de Relaciones Exteriores nos aconsejó no tomar ese camino. El vagón del ferrocarril estaba muy cómodo y expresamente destinado para viajes largos, con comedor y salón aparte de dormitorio. Un jefe de cocina propio fue enviado junto con un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, un ingeniero de máquinas y una escolta militar de cincuenta hombres (p. 127).

Quiero cerrar esta presentación con las siguientes observaciones: Michael Lie fue el primer embajador de Noruega en México y hasta ahora yo soy el último. Durante este tiempo se han forjado buenas relaciones bilaterales, pero nunca han sido tan estrechas como en los últimos años. México recibió la visita de varias personalidades noruegas: en 2009, los príncipes herederos Haakon y Mette-Marit; en 2010, con motivo de la COP 16 en Cancún, el primer ministro Jens Stoltenberg visitó México en dos ocasiones, y Erik Solheim, ministro de Medio Ambiente, en tres.

Existen numerosos puntos de interés común entre nuestros países, cuya atención podría reforzarse en caso de que México decida en el futuro la reapertura de su embajada en Oslo. Sin duda alguna, Noruega y México podrían beneficiarse de una cooperación más amplia; sectores como el medioambiente, los hidrocarburos y los temas multilaterales bajo los auspicios de la ONU representan un pequeño surtido de los diferentes aspectos de interés para los dos países. En el ámbito cultural, 2011 fue un año notable gracias a la participación de Noruega y los demás países nórdicos como invitados de honor en el Festival Cervantino. Además, tengo el gusto de participar

en la presentación de *Indómita. Cartas a Noruega sobre la Revolución mexicana*. Cabe señalar que este libro pudo realizarse gracias al interés de Conaculta y al esfuerzo de Camilla Plahte, sobrina nieta de Maggie, responsable de la recopilación y selección de la correspondencia que la autora sostuvo con su familia durante su estancia en México. Sus observaciones y reflexiones sobre personas y hechos durante uno de los periodos más turbulentos de la dramática historia de este país resultan de sumo interés para cualquier lector interesado. Por último, me parece importante destacar que el canciller de Noruega, Jonas Gahr Støre, contribuyó con un prefacio para esta obra.

Arne Aasheim